



VALENTINA
TORO

LOS NIÑOS
IMAGINARIOS

Planeta
Junior

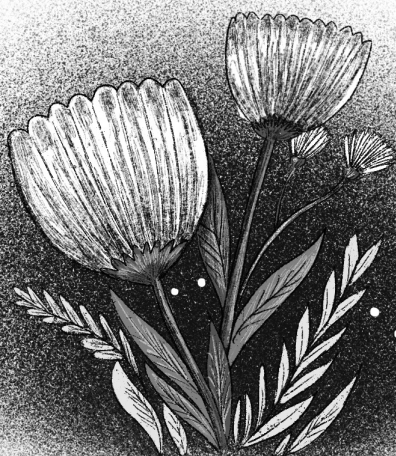




LOS
NIÑOS
IMAGINARIOS

VALENTINA TORO

LOS NIÑOS IMAGINARIOS



Planeta
Junior

Los niños imaginarios

© Valentina Toro, 2023

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2023

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

Primera edición (Colombia): agosto de 2023

ISBN 13: 978-628-7572-60-7

ISBN 10: 628-7572-60-4

Impresión: xxxxxxxx xxxxxxxx

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

«A todos nos ocurren cosas extrañas
a lo largo de nuestra vida sin que durante cierto
tiempo nos demos cuenta
de que han ocurrido».

J. M. BARRIE

Capítulo 1

LA MUJER DE BLANCO

La primera vez que oí hablar a los niños imaginarios fue poco después de llegar a casa de la abuela Flora. En ese entonces yo no comprendía muy bien las razones, simplemente empaqué mis cosas, como dijo mamá, y subí al carro con Ágata y Manuel.

Mamá no hablaba mucho por esos días. Pasaba horas mirando al infinito, sin parpadear, como hipnotizada por una visión que nosotros no percibíamos. Al principio no le presté mucha atención. Estaba acostumbrado a las rarezas de los adultos, que parecían habitar un mundo diferente al mío, más oscuro y tenebroso; el mundo de los gigantes, desde donde

podían contemplar secretos que nosotros nunca entenderíamos.

Unas semanas antes de viajar a donde la abuela, nuestra casa se convirtió en un lugar silencioso. Nadie hablaba en voz alta. Ya no corríamos por los pasillos ni saltábamos sobre las camas para perseguirnos. Permanecíamos quietos, a la sombra de los muebles, mirando a mamá que iba y venía, siempre apurada, siempre cabizbaja.

Todo comenzó cuando vino la mujer de blanco. Antes de eso, papá iba cada noche a nuestra habitación para leernos un cuento. Manuel se había hecho mayor para esas cosas, o eso decía, pero yo lo descubría mirándolos de reojo, cubierto hasta las orejas por las sábanas, espiando a papá mientras narraba en voz alta las aventuras de Peter Pan en la Isla de Nunca Jamás.

Recuerdo que los primeros años de mi vida fueron felices. No conocía el miedo más allá de las pesadillas que a veces me acechaban y que papá hacía desaparecer fácilmente. Mi infancia fue tranquila, sin mayores complicaciones. Ahora, cuando quiero recordarla, veo una bruma que la cubre y me resulta

difícil regresar a esos momentos en los que papá se tumbaba junto a mí con un libro. A veces intento dibujarlo, pero la memoria me traiciona y siempre acabo dibujándome a mí mismo. Es una cosa extraña la memoria: se expande y se encoge a su gusto, sin pedirnos permiso, y se esconde siempre en los rincones más inesperados.

La mujer de blanco llegó una tarde lluviosa. La vimos entrar y conversar en voz baja con mamá. Ágata se aventuró a decir que era un ángel, por el blanco inmaculado de su vestimenta. Yo aposté que se trataba de un fantasma, aunque no pude explicar por qué un fantasma tocaría a la puerta de nuestra casa, si los fantasmas podían simplemente atravesar las paredes sin anunciarse. Manuel se burló de nosotros y no quiso seguirme la apuesta. Antes de encerrarse en su habitación, aseguró que la mujer era una enfermera.

En todo caso, la mujer de blanco no habló con nosotros ni nos explicó quién era. Entró directo a la habitación de nuestros padres y no volvió a salir hasta la noche. A partir de aquel día, papá no nos leyó más cuentos antes de dormir. Solo lo veíamos unos

minutos en la mañana, antes de ir al colegio, justo cuando la mujer de blanco llegaba. No decía mucho. Se quedaba mirándonos, sus ojos ausentes, profundamente azules como el cielo en un día caluroso. Por momentos me daba la sensación de que no era realmente papá el que estaba en la cocina. Parecía un muñeco de cera, una réplica exacta que a la luz del día perdía algo de credibilidad. A veces me sentaba sobre sus rodillas y lo oía respirar mientras bebía su café.

Un nudo empezó a formarse en mi estómago desde el día en que la mujer de blanco atravesó la puerta de nuestra casa. Un nudo que parecía enredarse más y más con el pasar de los días. Por momentos apretaba tanto que me dolía, sobre todo cuando mi padre se quedaba mirando por la ventana de la cocina sin hablarnos, o cuando quería levantarse y le fallaban las piernas.

Siempre me pareció que papá era como una caja sellada, con solo dos agujeros diminutos para echar un vistazo al interior. Dos agujeros azules y redondos. Nunca sabía lo que pasaba por su mente. Cuando se quedaba en silencio, su rostro barbado se volvía un enigma para mí. A menudo parecía que al interior de

la caja se formaba una tormenta, y en ocasiones era más bien una laguna pacífica, como un espejo en el que podía verme reflejado. Sus ojos azules eran el cielo. Si estaba enfadado se volvían grises y oscuros, llenos de relámpagos, pero la mayoría de las veces permanecían despejados y profundos. La última vez que lo miré, me pareció que se trataba de una vela-dura a través de la cual podía ver lo que sucedía realmente. Pero en ese entonces yo no contaba con las herramientas necesarias para entenderlo.

La mujer de blanco se quedó revoloteando por nuestras vidas varias semanas. Cuando salíamos en la mañana ya había llegado y, al regresar del colegio, continuaba allí. Mamá no volvía de trabajar hasta las seis de la tarde. Recuerdo una época en que papá también trabajaba. Salía muy temprano, antes que el sol, y venía en la noche con alguna golosina para nosotros. Un día dejó de hacerlo. Creímos que se había tomado unas vacaciones, pero entonces vino el silencio, las miradas distraídas de mamá y la mujer de blanco. Papá ya no abandonaba la habitación y nosotros no entrábamos en ella. Aquel espacio de la casa se convirtió en un

misterio. Un lugar prohibido. Solo Manuel entraba algunas veces, cuando mamá se lo pedía, pero al salir no decía nada. Se iba directo a la cama sin revelarnos el secreto que se ocultaba al otro lado de la puerta.

La mujer de blanco tenía el pelo corto, casi hasta las orejas, y una cara brusca. Cuando caminaba, el suelo retumbaba bajo sus pies. No nos dirigía la palabra, solo hablaba con mamá cuando creía que no la mirábamos. Le susurraba cosas al oído y le mostraba algunos apuntes hechos en una libreta que guardaba en su delantal. Tenía la manía de lavarse las manos cada vez que entraba a la cocina. Yo la observaba desde la mesa, pero miraba hacia otro lado cuando se daba la vuelta. No sé por qué lo hacía. Quizás en el fondo siempre estuve convencido de que se trataba de un fantasma y temía que, si la miraba a los ojos, podría ver a través de ellos.

Después de un tiempo comencé a sentir su presencia incluso antes de oírla. La mujer despedía un olor curioso. Algo metálico que me hacía picar el paladar. Un olor que me recordaba al hospital donde tuvimos que llevar a Ágata cuando se enfermó del estómago. No tenía muy clara la imagen de aquel sitio

en mi cabeza, en ese entonces yo era aún más pequeño, pero el perfume de la mujer de blanco se me quedaba pegado a la nariz y me transportaba a ese lugar sin que yo pudiera evitarlo.

Solo veíamos a la mujer de blanco en la mañana y en la noche. Siempre que desaparecía detrás de la puerta, el mundo se dividía en dos y al otro lado sucedían cosas que no comprendíamos.

Un día me encontré con ella en el pasillo que llevaba a la habitación de mis padres. Yo tenía el mal hábito de mirarme los pies al andar y por eso no la vi venir a tiempo para esconderme. Se paró frente a mí y me cubrió con su sombra. Llevaba un recipiente en las manos, pero no logré ver lo que tenía adentro. Ella se agachó un poco para hablarme y una enorme papada se formó alrededor de su cuello.

—No deberías estar aquí —dijo, y los vellos de la nuca se me erizaron—. A tu madre no le gusta que estén molestando por aquí.

—¿Dónde está papá? —me atreví a preguntar, retorciéndome las manos detrás de la espalda para combatir los nervios.

La mujer de blanco me miró y por un segundo me pareció que iba a vaciar sobre mí el contenido del recipiente; pero, en lugar de eso, se inclinó un poco más y se humedeció los labios antes de responder:

—Tu papá está descansando. Vete ya, antes de que lo despiertes con tus preguntas.

—Pero quiero verlo —insistí.

—Por ahora no. Tendrás que esperar a que recupere las energías. Estar con tres niños ruidosos no es conveniente para él en este momento.

Cuando terminó de hablar, pasó por mi lado y se fue, silenciosa como los fantasmas.

Ágata y yo inventamos un juego que consistía en asomarnos un poco por la puerta sin ser descubiertos por la mujer de blanco. Pero las cortinas, siempre cerradas, convertían la habitación en una cueva, y era muy poco lo que podía apreciarse desde allí.

Solo una vez logré acercarme lo suficiente para ver en la oscuridad los pies descalzos de papá sobre la cama. Me sentí un niño valiente. Por primera vez me sentí como un hermano mayor. Ágata se acobardó en el último segundo y se pegó a la pared del corredor,



pero yo continué, me enterré las uñas en las palmas de las manos para no pensar en el miedo y empujé la puerta solo un poco. Entonces oí su voz. Me pareció extraña, tal vez porque había dejado de oírla durante muchos días. Cuando uno es niño aprende rápido, y olvida con la misma rapidez.

—¿Lorenzo? —murmuró—. ¿Eres tú?

El nudo en mi estómago se hizo tan fuerte que me sentí enfermo. Corrí para alejarme de allí, sin responder a las preguntas de Ágata. Los pies de papá, a pesar de la oscuridad que los cubría, se veían descoloridos, grises, parecían incluso fríos a pesar de no haberlos tocado. Temblé por dentro. ¿Sería realmente papá el dueño de esos pies? ¿Podría ser él? ¿Por qué descansaba tanto? Quería entrar a la habitación y sentarme en sus rodillas, como antes, para que me cantara la canción de los vaqueros mientras movía las piernas para hacerme galopar. Pero al mismo tiempo quería alejarme, huir de esos pies helados y grises, meterme bajo las sábanas con una linterna y esperar a que el amanecer trajera de vuelta al papá de siempre. Por un momento se me ocurrió pensar que la mujer de blanco

sí era un fantasma después de todo. Un fantasma que había venido para llevarse a papá. Quizás mamá no lo había notado. ¿Se la llevaría a ella también?

Me subí al árbol del jardín, el único lugar que me servía de escondite porque no tenía que compartirlo con nadie más. Me sentía bien entre las ramas que me abrazaban. La mujer de blanco llegó enseguida, alertada por los gritos de Ágata, que me llamaba desde el segundo piso. Se paró bajo el árbol y me encontró fácilmente.

—¿Qué te dije de molestar a tu papá mientras descansa?

Yo la miré desde mi resguardo, sin responder.

—No deberías haberte asomado a su habitación. Tu papá no los quiere ahí. ¡Está prohibido! Se lo voy a contar a tu mamá cuando llegue, para que te dé una lección.

No bajé del árbol hasta que mamá regresó. La vi hablar con la mujer de blanco por la ventana de la cocina, pero no pude oír lo que decían. Me metí en mi habitación, como un gato sigiloso, para evitar el regaño, y fingí que dormía enroscado en las sábanas.

Mamá entró unos minutos después, se sentó al borde de mi cama y puso una mano cálida sobre mi hombro. Me pareció que lloraba, pero no tuve el valor de darme la vuelta. Me quedé como una estatua, con la cara hundida en la almohada. Ella no dijo nada y yo tampoco.

Esa noche no pude dormir. Supuse que así se sentía el miedo. El verdadero miedo. No el de las pesadillas que a veces me hacían salir de la cama a medianoche, sino el miedo real, el que también espantaba a veces a los adultos. Por aquel entonces no conocía a los niños imaginarios, ni a la abuela Flora, ni todas las cosas extrañas que sucedían en su casa. Era la primera vez que probaba una dosis del verdadero miedo. Y creí, con la ingenuidad de mi propia infancia, que sería también la última vez.